

LA HISTORIA REPUDIADA Y LA SUSTITUCIÓN POR LA LITERATURA

DEMETRIO RAMOS PÉREZ
DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Una de las mayores desazones para el hombre es la de no poder ser original del todo, partir del principio, pues nunca sabremos donde está. La propia Historia no tiene un principio claro y diáfano. Por eso, como escribió Karl Jaspers, “siempre preguntamos y respondemos de una manera codeterminada por la tradición”. En ella —dice también— “llegaremos a ser lo que somos”¹, con los retoques del tiempo.

Pero con todo, la Historia sólo nos es conocida por sus conclusiones, pero no por lo que es en sí, ya que se nos ofrece como algo inaprensible, clavada en la pizarra opaca del tiempo. A pesar de ello, se nos reveló como instrumento afilado de penetración, que es capaz de dibujar los contornos de cada pueblo, con sus desvelos y sus ansias, por lo que resulta consustancial con “el ser de cada espacio y el alma de cada tiempo”; tanto que un pueblo sin historia puede decirse que no puede existir. Por eso los pueblos y naciones nuevas, como es el caso de las americanas, precisan demostrar su vigor y su voluntad de ser con una Historia de dimensión activa, capaz de nacionalizar a los que llegan con “un pasado que necesita ser ahogado”, y sustituido. Por eso pudo hablar Siles Salinas de “un pasado muerto”.

Es así, como explicó Zubiri, que el pasado —la Historia— tiene una “forma de posibilidad” en nosotros mismos: la que llevamos en nuestra mente con los recuerdos, pues querámoslo o no, “nosotros somos nuestro pasado”². ¿Cómo pues puede decir alguien que la Historia ha muerto? Y el caso es que algo de esto se está dando, pues a la Historia se la está “adelgazando”, para acrecer desmesuradamente todo el presente. Por eso cabe aceptar como realidad viva lo que dijo Jörn Rüsen: que “los historiadores [actuales] miran principalmente a la vida del día de

¹ Karl Jaspers: *Filosofía*. Revista de Occidente (Madrid), 1953.

² Xavier Zubiri: *Naturaleza, Historia, Dios*. Madrid, 1944.

hoy y al futuro, más que al pasado”³, al tomar el presente para proyectarlo, con sus problemas, sobre lo que está por venir. Adviértase —desde este ángulo— cómo literatura narrativa e historia van aproximándose, para sentir las como gemelas en la misma voluntad. ¿No lo estuvieron ya los crónicas y los romances como antecedentes en prosa o verso de lo que sería la Historia en cada parte?

Por otro lado ¿puede haber novela sin un cierto trasfondo de historia? ¿No marcha paralelamente reflejando situaciones del contorno vivido? Por eso se vio en la narrativa un telón de fondo, con personajes “recreados” —como sacados de la tumba— y situaciones arrancadas del recuerdo, como si el novelista fuera capaz del milagro de hacerlos vivir “depurados”, con el palpitar expresivo y el aliento que les quiera dar. Yo creo así que el escritor es el ser que no tiene capacidad de huir, con la eterna sombra de sus pensamientos atada a la espalda.

Pero si el escritor procede así inexorablemente, resulta curioso que el historiador trate de escapar a su destino de analista de lo que fue. ¿Que no es, sino, ese afán de hacer una historia divergente, a la que se ha dado en llamar *New History* o *Nouvelle Histoire*? Y esto aceptado con fruición, a pesar del contrasentido, pues si es Historia nunca puede ser nueva. Véase, por ejemplo, lo que manifestó José Andrés Gallego al hablar de su desorientado y alucinante encuentro con las exposiciones de los *Annales. Economies-Sociétés-Civilisations*, la gran revista parisina de la novedad⁴.

En realidad, paradójicamente, el “adelgazamiento” de la Historia ha llegado a producirse más por desatención a su vigencia —¡qué poco y qué mal se la presenta a la generalidad de las gentes!—, que por su desmesurado desbordamiento, como hidra de siete cabezas, que comenzó con la panacea de la Historia cuántica, mientras por otro lado se desplegaba la historia económica, la cultural, la social y así sucesivamente, hasta el extremo de que Ortega llegó a hablar de la “salvación de la circunstancia”, método que tendía a entender las relaciones entre literatura y filosofía, en “una voluntad de estilo que integra texto y vida en la narrativa autobiográfica de la razón histórica⁵, como contrapunto de la historia que siguió, construida con protagonistas colectivos. Así, hasta llegar —por cansancio, quizá a inventar un nuevo vestuario, que se ha dado en llamar *postmodernismo*⁶. De esta forma se comprende que se haya producido una revitalización de la novela-testimonio, más allá de las biografías.

³ Jörn Rüsen: *La Historia, entre modernidad y postmodernidad*, en el vol. de conferencias de El Escorial, de la Univ. Complutense, Madrid, 1993.

⁴ José Andrés Gallego: *Introducción* al curso de conferencias citado, *La Nueva Historia*, pp. 13-25.

⁵ José Luis Molino Nuevo: *Literatura y filosofía en Ortega y Gasset*, “Revista de Occidente” (Madrid), mayo 1942.

⁶ Entre tantos que han tratado de esta fase renovadora cabe citar a H. Foster: *La postmodernidad*, Barcelona, 1985.

LA “OTRA HISTORIA”

Llama la atención que en la floración de formas de historia, los autores –muchos prestigiosísimos– de la *Nouvelle Histoire* no tuvieran en cuenta a la narrativa. ¿No habrán tenido sus razones, para desentenderse de su aproximación y hasta de sus pretensiones de servir de arbotante o de suplencia? Por este hecho y dado el absoluto valle de separación con la *New History* nos hemos permitido calificar como “Otra Historia” a esa intencionalidad de penetrar en el horizonte histórico manifestado por no pocos cultivadores de la narrativa “caliente”.

Luis Villoro, a quien se utiliza como definidor de esa narrativa por Gloria de Cunha-Giabbai, ya manifestó en 1981 que, “por amplias que sean sus diferencias, literatura e historia coinciden en un punto: ambas son intentos para comprender la condición del hombre a través de sus posibilidades concretas de vida”⁷.

Otro texto que se aduce como guía, éste de Eduardo Galeano, explica más terminantemente que “al interpretar la realidad, al *redescubrirla*, la literatura puede ayudar a conocerla. Y conocerla es el primer paso necesario para empezar a cambiarla: [pues] no hay experiencia de cambio social y político que no se desarrolle a partir de una profundización de la conciencia de la realidad”. Como se ve, esta forma de entender la literatura –de desechar la narrativa– es convirtiéndola en arma instrumental de la acción política, mejor aún, como instrumento probatorio en una necesaria operación planificada. El título de la obra de Galeano –*Nosotros decimos no*– es ya suficientemente explícito.

El punto de partida, específicamente americano –donde más volumen alcanzó esta dirección, por razones obvias–, está en la vieja duda sobre la realidad de la Historia leída o estudiada, que se dice *impuesta* desde la altura del poder –y protegida–, como *historia oficial*. Tal denuncia no es nada nuevo. Ortega y Gasset, ya en su temprana producción de 1914, concretamente en las *Meditaciones del Quijote*, llegó a escribir sus “negaciones” a la Historia, como volviéndole la espalda, al decir que para dar un paso adelante de verdad es preciso que “nos libertemos de la superstición del pasado; en que no nos dejemos seducir por él, como si España estuviera inscrita en el pretérito”. Y así también, luego, en 1921, dijo que “vivir es algo que se hace hacia adelante; es una actividad que va de este segundo [en el que estamos] al inmediato futuro”. Era, como se ve, un repudio de la antigua idea que la vio como maestra de la vida, para demostrarla como algo inerte, en la seguridad de que lo necesario era un *dinamismo histórico* lanzado al futuro. El pasado, lo que ya era historia, no le merecía la menor atención, mirado desde la superioridad del que está instalado en el convencimiento de los dictados de la razón. Por eso mismo, el hombre de la Ilustración desestimó en tiempo lo histórico, desde su racionalismo absoluto. ¿Y no es algo semejante la fe inquebrantable del marxista, seguro de tener a la espalda un total empecinamiento de injusticia, como en el presente ve una continuidad destinada al vencimiento purificante? Pero no olvidemos que el propio Ortega rectificó más tarde su temprano criterio iconoclasta y que descubrió que también la revolución *constituyó*

⁷ Luis Villoro: *El sentido de la Historia*, en el volumen que reúne trabajos de varios autores, bajo el título sintomático de *Historia ¿para qué?* México, Siglo XXI, 1981, pp. 33-52.

su historia, hasta crear una tradición revolucionaria.

Y en *Ideas y creencias* el filósofo llegó aún más lejos, al advertirnos que “el defecto más grave del hombre es la ingratitud. Fundó esta calificación superlativa –dijo– en que, siendo la sustancia del hombre su historia, todo comportamiento antihistórico adquiere en él un carácter de suicidio. El ingrato olvida que la mayor parte de lo que tiene –por ejemplo, su cultura– no es obra suya, sino que le vino regalado de otros... Eso le hace errar a fondo en el manejo de esas ventajas con que se encuentra e ir las perdiendo más o menos. Hoy presenciamos –agregaba– este fenómeno en grande escala”.

Porque éste es el gran dilema, que vino a plantear, sin saberlo aquel jesuita chileno, el P. Larraín, admirador de lo revolucionario, como impulso que tendía a “acabar con el pasado, partiendo de cero”⁸. Porque ¿podemos hoy, para cualquier empresa, partir de cero? He aquí la sinrazón de quien se distinguió –como se lo reprochó Siles Salinas– por su estudio de Ortega, al que dedicó un libro: *Génesis del pensamiento de Ortega*⁹.

Pero lo curioso es que esa corriente antihistórica estuvo también presente en algunos de nuestros hombres del 98, ante la decepción y quiebra de la superioridad derivada de la historia, con ocasión de la guerra con los Estados Unidos. Y lo recoge honestamente Gloria da Cunha-Giabbai, al recordar aquella exclamación de Azorín, cuando se lamentaba de que “la Historia nos tenía fascinados”¹⁰, haciéndola responsable de que nos dejáramos arrastrar al Desastre. ¡Salir a combatir a la flota yanqui con barcos de madera!, aunque tal responsabilidad hoy bien sabemos que no es cierta¹⁰. Lo que sí es verdad es el espíritu antihistórico que siguió, el que es bien visible en la frase de Costa: cuando pidió cerrar el sepulcro del Cid con siete llaves. Por eso Unamuno reclamó dejar de lado –por perversa– la historia de la *superficie* de los hechos, falaz y sin valor –las más de las veces mentirosa–, para volver a la conciencia del pueblo y de los hombres, es decir, a la “intrahistoria”, clave de la verdad histórica.

La corriente objetivadora de la Historia no llegó a aprender el dictamen de Unamuno, ni la responsabilizó por “seducción” envanecedora, pero sí difundió la idea de estar promovida por la cúpula de la sociedad con el fin de “dominar” las energías de los pueblos, con el mito de las glorias pasadas y el culto a los pronombres como los griegos le dispensaron a sus dioses. Tal como se ofrece con ejemplos de las distintas repúblicas americanas. Es ésta la denostada Historia Oficial, que Germán Carrera Damas descubría “Entre el bronce y la polilla”, el bronce de las estatuas y la polilla de los legajos. Por eso Guillermo de Torre, ante un panorama semejante al de la España finisecular, llegó a preguntarse “si acaso esta América no se encontrará actualmente viviendo su 98”¹¹.

Pero el panorama no es el mismo, pues ahora lo que quiere encontrarse es la

⁸ P. Larraín: *Revolución en América latina*, “Mensaje” (Santiago de Chile) núm. 115 (1962).

⁹ Jorge Siles Salinas: *Ante la Historia*, Madrid, 1969, p. 230, nota 10.

¹⁰ Bien ilustrativo sobre el convencimiento previo de que la guerra terminaría en derrota es la obra de Jesús Pabón: *El 98, acontecimiento internacional*, en *Días de ayer*, Barcelona, 1963.

¹¹ Guillermo De Torre: *El ensayo y algunos ensayistas americanos*, “Cuadernos”, 53 (1961).

“Historia nuestra” que, como escribe Gloria Da Cunha-Giabbai, “comienza de hecho en la literatura, porque sus obras han contribuido, activa y tenazmente, a mantener la *memoria histórica*, la cual –citando a Dri– nos permite ver nuestras propias luchas, triunfos y derrotas”¹².

No nos extraña que Gloria Da Cunha sea una destacada abanderada –y de calidad– de la que llamamos “Otra Historia”, ya que es uruguaya, pues fue Montevideo uno de los centros de partida de las nuevas tesis, con los hermanos Rama, y más concretamente Carlos Rama –a quien conocimos durante su exilio en Barcelona–, autores de no pocos trabajos. Un sistematizador fue, en realidad, Angel Rama, que publicó un volumen, que coordinó, titulado *Más allá del boom: Literatura y mercado*¹³. Pero más influyente, creemos, fue su hermano Carlos, con *La Historia y la Novela*¹⁴, que apareció ya en 1970, y que abrió en cierto modo la corriente.

Un eco de tales ideas se produjo en Chile, con el vol. de Cedomil Goic y otros, sobre *La novela hispanoamericana*¹⁵, que se publicó en 1973. Pero pasarían varios años hasta que aparecieran otros trabajos de consideración, como el de Janina Montero, titulado *Historia y novela*¹⁶ o el de Barthes, en relación con el estructuralismo¹⁷.

Se agigantó el movimiento interpretativo, con la intención que cabe suponer, con ocasión de la movilización que se produjo para combatir la celebración del V Centenario del Descubrimiento, con lo que llegó a concretarse la oposición a la Historia de forma terminante. Esto permite comprender que se trataba de una tendencia con un fondo político apasionado. Así aparecieron entonces varias obras de carácter colectivo, especialmente en el área del Caribe, a la que parecía circunscribirse el movimiento, como la más caracterizada por las líneas combativas de la iconoclastia.

En este sentido se distinguió la editora Siglo XXI, que en 1981 publicó el volumen *Historia ¿para qué?*, con trabajos, eso sí, de destacados historiadores, de la calidad de Enrique Florescano, Adolfo Gilly, Carlos Monsivais y Luis Villoro¹⁸.

Otro ejemplo fue también el volumen que llevó el inequívoco título de *Nuestra América frente al V Centenario*, publicado también en México en 1989, en el

¹² Rubén Dri: *América latina: identidad, memoria histórica y utopía*, en el vol. colectivo *Nuestra América frente al V Centenario*, México, 1989.

¹³ Angel Rama, edit.: *Más allá del boom: Literatura y Mercado*. Buenos Aires, Folio, 1984.

¹⁴ Carlos Rama: *La historia y la novela, y otros ensayos historiográficos*, Buenos Aires, Edit. Nova, 1970.

¹⁵ Cedomil Goic y otros: *La novela hispanoamericana, descubrimiento e invención de América*, Valparaíso, edic. Universitarias, 1973.

¹⁶ Janina Montero: *Historia y Novela en Hispanoamérica*, en “Hispanic Review”, núm. 47 (1979), pp. 506-519.

¹⁷ Roland Barthes: *El discurso de la historia*, en “Estructuralismo y Literatura”, Buenos Aires, Nueva Visión, 1980.

¹⁸ Enrique Florescano: *De la memoria del poder a la historia como explicación*; Adolfo Gilly: *La historia como crítica o como discurso del poder*; Carlos Monsivais: *La pasión de la historia*, y Luis Villoro, el trabajo ya citado en la nota [7].

que apareció el trabajo citado de Rubén Dri, con otros varios.

Un volumen, también de varios autores, fue el encabezado por Raquel Rodríguez y Gabriel de Beer, titulado *La historia en la literatura iberoamericana*, publicado en Nueva York, edic. del Norte, en 1989, con el estudio de Alfredo A. Roggiano, que hacía la presentación. En la misma línea Seymour Menton: *La novela histórica*, en El pez y la serpiente, San José de CR, 1989.

Naturalmente, debemos mencionar la obra de Gloria Da Cunha-Gaibbai, ya citada, por el libro que publicó en Montevideo: *Humanidad: la utopía del hispanoamericano*, edic. Arca, 1992, así como *Mujer e historia*, Caracas, Centro El Tigre, 1994, que originó nuestra atención del mismo modo que el trabajo de Seymour Menton: *Christopher Columbus and the New Historical Novel*, al que cabría unir otros tratadistas, que ya ahorramos al lector.

LA NARRATIVA DE LA “OTRA HISTORIA” Y LA NOVELA DE ANA TERESA TORRES

Aparte la forma en que, a modo de ensayo, se ha planteado la “Otra Historia” por sus defensores, se hace necesario, como es lógico, precisar lo que hay de realidad positiva en el contenido de las novelas que se incluyen, o tratan de incluirse, en esta corriente, cuyo número no es exiguo.

Fue Unamuno quien primero se acercó a la *novela-historia*, como algo bien distinto de la novela histórica, con su extraordinaria *Paz en la guerra*, publicada en su juventud, en 1897, y que trató de definir con una frase que arrancaba de otra paralela de Walt Whitman, con la que quiso cerrar el prólogo de la segunda edición, al decir: “esto no es una novela; es un pueblo”, para aludir así al protagonismo colectivo del pueblo vascongado. Era, dijo también, “tanto una novela histórica, una historia anovelada, en la que apenas hay en ella —decía— detalle que haya inventado yo”, pues “podría documentar sus más menudos episodios”¹⁹.

El estudio preliminar de Julián Marías, que hace cuarenta años se ocupó ya de la obra del recio vizcaíno, nos explica el valor de esta novela, que se desarrolla en torno a la guerra carlista de 1874, articulada por los recuerdos infantiles del autor. Bien reconocía así el valor de lo visto. Pero lo importante —como lo observó Marías— es que Unamuno no se contentó con ofrecer episodios —que le hubiera sido fácil—, sino que penetró en la “intrahistoria” y estableció la coincidencia de los dos bandos en sus voluntades: “liberales y carlistas conviven” en las páginas de la novela con sus razones, para contemplarles “desde una altura, la del tiempo y la distancia... con la irrealidad de las dos imágenes”. Así, Unamuno “se pone alternativamente en el punto de vista de unos y otros, se identifica con ellos...”, para vivir su respectiva tragedia y desencanto.

Marías, ante esta actitud del famoso autor, se pregunta “¿cómo sacar a los

¹⁹ Miguel de Unamuno: *Paz en la guerra*, edición especial conmemorativa de la Fundación BBV, en el 125 aniversario del BB., Bilbao, 1982, con prólogo de Julián Marías.

hombres de sus obstinaciones? ¿cómo hacerlos mirar más allá de ellas, transmigrar al punto de vista del otro, comprender su parte de razón y, sobre todo, el imperativo de la inexorable realidad envolvente?”.

Quiere esto decir que Unamuno no hacía una novela-historia, al estilo de Galdós, Valle Inclán o Baroja, sino con una forma singular, con la doble visión, por el doble frente o versión que hay que reconocer en la perspectiva de los hechos históricos, para articularles, penetrarles, en su fondo, en lo que llamó “el hondón del alma”, pues lo que le interesaba era, más allá de lo personal y de lo descriptivo, “aquello en que los personajes viven sumergidos”. Por eso habló de la “intrahistoria”, como sustancia de la vida, que hace posible todo lo demás. Porque con la perspectiva, sabía que la guerra había de terminar y que estaban todos condenados a vivir en “la vuelta a la razón, la solidaridad más honda que las banderías, fundidos al fin sobre las ruinas y el dolor”. Es decir, buscó —como lo vio Marías— la forma en que llegaron a “la nueva convivencia, la vecindad restaurada, la amistad malherida”. Es lo que llegó a comprender, a la fuerza, el carlista Pedro Antonio Iturriondo, al reintegrarse a su lugar de trabajo y a su familia, tras deponer las armas. Porque “la vida consiste, así, en algo que acontece, está hecha de temporalidad...”, pero destinada a asistir, a entrar también en la vida ajena.

La novela, pues, era “un método de conocimiento”, tal como una “superación de irracionalismo desde dentro”, en forma literaria: como esbozo de “razón histórica”, pues es “la historia misma la que da razón, la que permite comprender, la que justifica las razones encontradas..., lo que obliga a ir más allá de la discordia, en la integración viva y no inerte que es el argumento de la vida colectiva”. Y —como el propio Unamuno concluye su novela—, al ver a su humanidad fundida al fin “para lanzarse luego al torrente incoercible del progreso”. No es Unamuno quien aproximó a unos y otros, quien les integra, fue la misma vida y el tiempo, la Historia, hecha con la necesaria perspectiva.

¿Es éste un antecedente de la “Otra Historia” de hoy? Si preguntáramos a sus definidores y sustentadores, dirían que no. Pero no cabe duda que el juego de la perspectiva y la aceptación de que algo de razón hay en cada parte —lo que siempre se comprobó— confieren al ejemplo de Unamuno un valor bien representativo, y más cuando superaba el círculo cerrado de revolución y contrarrevolución.

El exilio del tiempo de Ana Teresa Torres²⁰, obra de la que hablamos incidentalmente en otra oportunidad, tiene a nuestro entender una entidad peculiarísima: un realismo anímico que se oculta en su distribución entre personajes que son segmentos de varias vidas, pero que podrían fundirse en esas pocas almas, hasta dar unos retratos generacionales: uno de ellos en un heroico renunciamiento voluntario a una forma de vida consolidada, cuando ofrecía todas las ventajas del asentamiento social y del disfrute económico ¿Qué hay en ello que pueda catalogarse como “rechazo a la interpretación oficial de la historia”? ¿Que hasta la decisión heroica —repetimos el calificativo, porque lo merece— vivió la protagonista “la historia de otros”, de los “dominadores”? Decir tal cosa es rebajar la categoría de la hermosa determinación y el dolor resignado de quien la

²⁰ Ana Teresa Torres: *El exilio del tiempo*, Caracas, Monte Ávila, 1990.

tutelaba. Además ¿no es muy frecuente que los hijos se aparten de los cauces que les predisponen los padres, para elegir su propia vida? Es, ni más ni menos, que esa “toma del hilo vital” al que nos vemos arrastrados, sin necesidad de “buscarle los cinco pies al gato”.

Yo conocí —en ese trance que el lector encuentra— a un padre generoso, bueno y complaciente que, cumpliendo con su deber paternal deseó siempre lo mejor para su hijo; y sé también de su amargura, de su hondo pesar, cuando veía rechazada hasta las pertenencias de su propia madre. Pero es algo que está en la “razón de vida”: a todo padre nos ha sucedido algo de eso. Si encima se nos llama los “dominadores” —como pertenecientes a una casta de intereses, constituida por implacables— esa amargura se nos hunde en la perplejidad.

Porque no se trata de *recuperar* por esa vía del despego “la propia historia e identidad”, como explica afectivamente Gloria da Cunha: ¿qué historia tiene un hijo cuando empieza a proceder por sus propios pasos?. Nada de eso, porque de lo que se trata es de uno de los mil efectos de las grandes convulsiones. En este caso, como se ve en la novela de Ana Teresa Torres —y muy bien reflejado—, de aquella puesta en pie de los grupos estudiantiles parisinos en el 68. Como se repitió con las movilizaciones reflejas de Barcelona y de la Universidad de Madrid, a instancia de una ilusionada búsqueda de la libertad y de la atracción de todas las utopías, que se abrían a los ojos de los jóvenes como flores de aquella primavera. Como fue el caso de Pedro Iturriondo, en la novela de Unamuno, sugestionado por la carlistada. Y como lo fueron otros jóvenes, miles, en la España de 1936. Porque cada “piso” generacional se ve movido por sus resortes emocionales.

¿Los exiliados? La época fue propicia a esas transmigraciones, en busca de refugio y amparo. Y normalmente, a causa de su falta de raíces en el país elegido, son siempre —y lo hemos visto en no pocos casos— los más propicios a engancharse en la aventura de la agitación romántica y, curiosamente, también a desarrollar aficiones literarias, como lo estudiamos en esta ocasión²¹. ¿Qué estampa más realista y conmovedora la que nos ofrece Ana Teresa Torres en la discusión que con el padre de Pedro Miguel relata, envuelto éste en el ambiente revolucionario, con los obreros parisinos. “Regresaremos y pronto —le decía a su hijo—; tu vida es allá ¡qué tienes tú que estarte preocupando...!”. Nosotros lo entendemos muy bien, mejor que el lector común, por su realismo, como en el caso de la disputa de Marisol con su padre, de la que ella nos habla: “...papá se puso bravo conmigo, y le dije que si él no se había venido por culpa de una dictadura...”.

Pero ya es un hecho importante ese tipo de exilio “de retorno”, muy distinto del encaminado a un país elegido por un interés derivado de las perspectivas literarias que se piensan aprovechar²², pongamos por caso. Ambos les tenemos en las páginas de Ana Teresa Torres, con los ojos bien abiertos sobre la tierra de procedencia o sobre la ciudad de la inquietud.

²¹ Demetrio Ramos: *La novelística del exilio*, “Caravelle” (Toulouse), 1983, número que recoge las ponencias leídas en el congreso sobre la literatura americana de la época de los 70-80.

²² Vid. Silvana Serafin: *L'esilio parigino di un guatemalteco d'oggi*, en “Centroamericana. Stradi di Litteratura Ispanoamericana”, 2 (1991), pp. 33-49.

Por esta belleza y realismo de inclinaciones despertadas sentimos más la desvalorización de estas páginas, al querer “ficharlas” para una literatura planificada. Nada de eso: es fresca, tersa y sentida. Lo que no comprendemos es que se dramatice –como se quiere– el ascenso “a la clase dominante” de los que logran la promoción social ansiada. Porque es sencillamente tal escalada la esperanza de todo emigrante al pasar a América ¿Para qué, si no, emigró? El fenómeno, además, alcanza a todos, sin excepción, pues ¿quién no procede de algún emigrante, aunque éste pasara en la época de los Austria?

Esa es la causa original de la facies de América: el ser al mismo tiempo tantas épocas históricas a la vez, desde la que aún persiste anclada en un estado casi natural, hasta la encajada en el mundo del confort. Por eso se salpican los tiranos medievales, los déspotas carloterceristas –los de las obras públicas y modernización de ciudades–, con los liberales de salón y los revolucionarios justicieros. Una historia de abigarrada palpitación, que no ha tenido, como la de la mezcla de razas, su Vasconcelos.

Todo eso se trasluce en el caso concreto de *El exilio del tiempo* de Ana Teresa Torres, por lo que creemos mejor definirla en la línea de los valores humanos de la “intrahistoria”, por lo que no merece ser degradada a la serie panfletaria en la que se la ha querido incluir. Es una gran novela que retrata la conflictividad sentida por tantas familias hispanoamericanas, obligadas a ir y venir –dentro y fuera de la patria–, para volver a empezar, al encontrarse siempre en puntos que se convierten de nuevo en lugar de partida. Como si *el tiempo* se repitiera, aunque con otro vestuario. Hay que descubrir, por ello, como una peregrinación a los ancestros ¡que ya son dobles!.

La crítica que hemos hecho a las apreciaciones de la Dra. Cunha no pretenden desmerecer un ápice su categoría de comentarista, pues es lógico que prefiera encontrar en el cuadro acotado por Ana Teresa Torres lo que desea, de acuerdo con sus ideas, por ello es muy laudable su esfuerzo. Porque, en definitiva, cada uno ve –como nosotros mismos– lo que cree poder ver²³. Por algo –dijo Rodríguez Marín– las interpretaciones del Quijote son “tan infinitas como las estrellas”.

LAS VERDADERAS NOVELAS DE LA “OTRA HISTORIA”

El gran epicentro actual –ya no tan actual– de la “Otra Historia” es el área circuncaribe. Tal como si a la utopía de la acción armada hubiera sustituido, en suplencia, la acción escrita. Y no queremos decir que fuera de este espacio no exista nada semejante. Lo hay, pero no con tanta densidad ni con tan fogosa proligidad, como ya lo ponen de manifiesto las reuniones y simposios que sobre el particular se ha escalonado.

En 1989, por ejemplo, tuvo ya lugar en Guatemala el *Primer Simposio de Críticos Centroamericanos*, que luego repitió su continuidad en Costa Rica. En

²³ Sentimos no conocer otra obra de la Dra. Cunha Giabbai, que tanto pudo haber iluminado nuestra perspectiva. Nos referimos a *El exilio: realidad y ficción*, que debió ser publicado en 1992, cuando fue finalista del concurso “Letras de Oro”.

1993 se celebró en Nicaragua el *Primer Congreso Internacional de Literatura Contemporánea*. En 1994, en Tegucigalpa (Honduras) se reunió el *Segundo Congreso*. Y no sólo se celebraron convenciones de este tipo dentro del área. Ya, por ejemplo, en 1981 hubo un congreso sobre *Literatura del exilio* y de renovación en la Universidad de Toulouse-Le Mirail, al que asistimos, como a otro que convocó la Diputación Provincial de Córdoba (España) dedicado a Centro América, en general. Y más aún, los centroamericanos residentes en los Estados Unidos también iniciaron sustanciosos encuentros, cobijados por la LASA (Latin American Studies Association). Como en Puerto Rico, el modélico Colegio Universitario de Humacao (CUH) dedicó, en 1994, un número monográfico de su gran revista "Exégesis", a la Narrativa Centroamericana Contemporánea, con la cooperación de Ramón Luis Acevedo, autor precisamente de una obra, *La Novela Centroamericana*, que se publicó en 1991 en Italia²⁴. Este prestigioso autor analizó ya en 1994 el panorama genérico, con absoluta ecuanimidad. Todo ello bien justifica las calificaciones de densidad y proligidad que hicimos antes. Ciertamente, como consecuencia del "boom" movilizador de vocaciones.

Fue en la década de los 80 cuando, consolidada ya en Centroamérica la nueva novelística, comenzó el desarrollo de la literatura testimonial que nos interesa, hasta dar contenido a la "Otra Historia". Quizá el autor más destacado sea Arturo Arias, guatemalteco, que comenzó —según creemos saber— en 1979, con la novela *Después de las bombas*, seguida de varias más. Pero de todas, logra sus mayores valores con *Jaguar en llamas*, publicada por Ediciones Cultura, obra que se aparta de tal modo de la historia tradicional que, incluso, no tiene inconveniente en trastocar los hechos hasta lo inverosímil. Rompe con los convencionalismos y, para hacer la "Otra Historia" se burla incluso de la razón de las fuentes. Se utilizan, en cambio, elementos antropológicos, mágicos, ficticios, con lo verdaderamente histórico, todo ello en una mezcla de relectura de la historia del país, que llega a hacer de nuevo, parodiando todos los grandes histos, para plantearse, como espina dorsal, la lucha por la liberación. La construcción es un constante juego intertextual.

Otro autor guatemalteco, Fernando González Davison, con la novela *En los sueños no todo es reposo*, publicada en 1988, mantuvo la escuela, pero con otro estilo. Alude en ella a los efectos contradictorios del crecimiento, con una protagonización colectiva y la envoltura de la violencia y las represalias políticas.

Rafael Corleto, en *Bajo la fuente*, aparecida en 1987, quiere ofrecer un reflejo de la dictadura, utilizando la figura del general Efraín Ríos Montt, con un relato que parece recordar aquella gran novela. *Yo, el supremo*. Más original fue aún García Escobar quien, en *La llama del retorno* (1984) ofrece el drama de las fugas del país, para convertirse los huidos en emigrantes ilegales en los Estados Unidos. En el contraste de tres mundos: el propio, que se abandona bajo los efectos de la desesperación; el íntimo, con el sueño de la libertad, y el que se encuentra, donde

²⁴ Ramón Luis Acevedo: *La novela centroamericana actual: una trilogía representativa de la cosecha del 88*, en "Centroamericana. Studi di Litteratura Hispanoamericana" 2, (1991), p. 7-32. En cambio su gran novela *Los senderos del volcán: narrativa centroamericana contemporánea*, se publicó en Guatemala, en 1991, por la Edit. de la Universidad de San Carlos.

se sigue siendo un marginado más, bajo otra tiranía legal. Con él cerramos la pléyade de narradores guatemaltecos.

Del país salvadoreño —tan castigado por la guerra— destaca la obra de Manlio Argueta, —el más representativo, y traducido de toda Centroamérica—²⁵, especialmente con *Un día en la vida* (1980) donde proyecta sobre la zona campesina de Chalatenango la visión dantesca de la violencia, entre los guerrilleros, la Guardia Nacional y el Ejército, bajo el asesoramiento de expertos norteamericanos. Aparecen aquí los personajes del activismo: campesinos, sacerdotes de la teología de la liberación, los de Misión Abierta y, especialmente, las mujeres que sufren las consecuencias, que están presentes con un protagonismo principal. No olvidemos que en estas novelas de la “Otra Historia” es muy frecuente el feminismo activo²⁶.

Para abreviar lo que sería una pesada relación de autores y obras, pasamos a mencionar al hondureño Julio Escoto, especialmente por su novela *Bajo el almendro... junto al volcán*, donde se trata de la guerra en el medio campesino, con personajes “mandones” de carácter risible, donde las tropas hondureñas, más que combatir la invasión salvadoreña, se comportan como un ejército de ocupación. El alcalde aldeano viene a ser el héroe del pueblo, frente al mayor Gavilán, naturalmente un corrupto.

Otro hondureño, de no escasa producción, Jorge Luis Oviedo, es autor de una curiosa novela, *Como mi general no hay dos*, publicada en 1990, donde tiene la originalidad de emplear un estilo satírico para caer sobre el general Gustavo Álvarez Martínez, hombre fuerte que fue de esa república. Ironiza sobre la doctrina de la Seguridad Nacional, en nombre de la cual se justificaban todas las medidas autoritarias. Frente al general, sitúa el autor a su guardaespaldas, que viene a ser una especie de Sancho Panza que critica todas sus sinrazones y medidas. El momento culminante es el de la muerte del general, cuando el cabo Antúnez —el pueblo— exterioriza sus sentimientos de justicia. De gran efecto es el entramado que presenta la manipulación ideológica de los grupos campesinos.

Manuel J. Pineda, otro novelista hondureño, alcanza un puesto representativo con *Seña del abismo* (1988), su primera producción, de un tono sombrío, que parte de un neorrealismo para plantear la situación de los grupos “marginados”.

La novela costarricense, donde son varias las figuras femeninas, cuenta con autores como Hugo Rivas de verdadero vigor, el que acreditó en 1988 con *Esa orilla sin nadie*. En esta novela se ofrece el espectáculo de la crisis de un rico país, a causa de la corrupción gubernamental y la ausencia de valores humanos. El relato presenta el choque generacional, con una clase adulta, preocupada tan sólo por el enriquecimiento y el ansia de poder, escindida de la cual está la juventud, que busca su función en una sociedad ya degradada y sin horizontes.

Un tono completamente distinto se advierte en la novela nicaragüense, donde destacan Gioconda Belli, con novelas también femeninas, y Sergio Ramírez.

²⁵ Vid. Carlos Raúl Narváez: *Un día en la vida*, de Manlio Argueta: *La ficción ante el espejo de la Historia*, en “Exégesis” (Humacao), núm. 19, pp. 28-32, análisis importante de la obra y de las técnicas del autor.

²⁶ Juana A. Arancibia: *Evaluación de la literatura femenina de Latinoamérica*, San José, Siglo XX, 1985.

La *mujer habitada* de Gioconda Belli (1988) tiene como protagonista a Laviana, que por su inconformismo se une al movimiento clandestino contra la dictadura de Somoza, pero su formación —había llegado a ser arquitecto— la sitúa en conflicto con sus compañeros, lo que permite a la autora seguir el proceso de su evolución, hasta cumplir su papel. La obra viene a ser un testimonio de la imprescindible participación de la mujer en todo proceso de liberación, como el que se daba en el país.

Sergio Ramírez, el otro importante autor nicaragüense, publicó también en 1988, en Managua, su obra capital: *Castigo divino*, que se desarrolla en la ciudad de León. En ella, como es frecuente, se hace una especie de reconstrucción de la verdadera historia, con hábil apelación a la ficción: inventa documentos y hasta crónicas, que atribuye a personajes reales, para dar la sensación de que las crónicas auténticas fueron también relatos convencionales de la realidad que interesaba falsificar. Se construye así la dictadura somocista, para concluir con la revolución, con lo que se cierra el ciclo ante una nueva posible novela²⁷.

Pero hay también una literatura narrativa escrita por novelistas en el exilio que participan de análogas corrientes. Tal es el caso del guatemalteco Mario Roberto Morales, que escribió desde Costa Rica *El esplendor de la pirámide*, publicada en 1985, para reflejar la situación socio-política de su patria. Así trata, en paralelo de la guerrilla, del exilio en México y del conflicto que había de vivir el intelectual revolucionario: tanto desde su presente, como desde su pasado.

Otro caso es el de Dante Liano, que pasó a Italia, para incorporarse a la docencia. Se dará con él un caso curioso, pues la novela que entonces escribe —en castellano— sólo llegó a publicarse en italiano: *L'uomo di Monserrat*. En ella presenta las formas y métodos de violencia de Estado de su país, frente a la cual permanece el pueblo inerme. Uno de los asesinatos que se dan, sirve para tejer la trama en que se desenvuelve la novela.

Muy diferente es la novela escrita en París por Luis Eduardo Rivera, que se publicó con el sugestivo título de *Velador de noche/Soñador de día*, París, 1988. En ella ofrece un retazo de su propia vida, asfixiada en un París indiferente, donde sus ideas revolucionarias se enquistan, sin aprovechamiento de nadie: no tiene su pueblo. Puede así decirse que se trata de una novela del antiexilio, aspecto que no deja de ser interesante, frente a la idea habitual.

Muchos más son los escritores agostados en ese mítico exilio, por lo que, para cerrar este examen, elegimos la figura de Augusto Monterroso, quien en México escribió *Lo demás es silencio* (1982), sin tener a la vista su Guatemala. Como relato puede decirse que más que una novela es una antinovela, donde presenta su angustiado caso, como efecto de una doble imposibilidad.

¿Qué impresión produce esta panorámica, que podría ser mucho más nutrida, pero no más variada?. En primer lugar, podemos hablar de la monotonía del género, la amarga historia, a la que se enfrentan tantos afanes y sacrificios. Toda historia, al concebirse y realizarse, necesita —como ha escrito un notable historiador argentino— “una ventana”, para asomarse al pasado²⁸. Pero el caso es que no

²⁷ Lucrecia Méndez de Penedo estudió con gran perspicacia la obra: *Castigo divino, un crimen de película*, en “Exégesis” (Humacao). Núm. 7 (1994), pp. 49-52.

sabemos qué ventana puede utilizarse para tener a la vista el espesor del tiempo, pues más bien parece que los distintos autores utilizaron la lupa, como los entomólogos, puesto que atienden a la proximidad, sin tránsito posible.

¿Marcará esta realidad el destino de esta “Otra Historia”? ¿Es, según el parecer de Bertrand d’Astorg, “un signo de mala salud de nuestra época”? Semejante, entonces, a la novela de anticipación, pero con un futuro romo, puesto que llegó a un punto en el que el cansancio de la repetición nos deja sin aliento. Hasta que llegue lo bello a recrear su aroma, como la capacidad humana a buscar los extremos contornos de lo que “vale la pena”, para levantar al ser de la lamentación a la reflexión, estaremos confiados en que el nuevo género no sea estéril.

Mas, para que nuestro juicio no sea tachado de deformación profesional, como historiador que somos, preferimos ceder la palabra a un novelista tan calificado como Mario Vargas Llosa, quien precisamente participó, hace años, de la misma corriente “antihistórica” y de los mismos propósitos que los de la “Otra Historia” —frente al taconeo marcial que restallaba en los patios del Colegio Militar de Lima “Leoncio Prado”—²⁹. También, como los personajes de Ana Teresa Torres, Vargas Llosa se enfrentó en la Lima de su juventud al continuismo de su progenitor, de tal forma que fue así cuando se lanzó por la senda literaria, pues “se oponía tanto —ha dicho— que para mí fue una forma de resistirme a él y se puede decir lo que me hizo escritor, para disgustar a mi padre”. Y en ello persistió, pues lo entendía como “un sustituto de la acción”. Consecuentemente, en los años 50 se aproximó al marxismo y a la revolución cubana, porque era —así la definió— “utópica y poética”.

Luego se produjo el apartamiento de Vargas Llosa, al considerar —son sus palabras— que “la utopía es, por definición, la negación de lo posible”. Y explicaba que “a lo largo de la historia, hemos visto cómo el sueño de la sociedad perfecta conduce a catástrofes sociales, a sistemas de control del pensamiento” ¡Lo contrario de lo que deseó!

En contraste —sigue Vargas Llosa— “la vía pragmática que representa la democracia no pide lo imposible: sólo acepta lo posible”, ante la evidencia de que “al progreso no se llega a través del apocalipsis”. Así sentenció que “hay que orientar las utopías hacia actividades donde no resulten malignas”, dada la peligrosidad que desencadenan. La utopía la ve, no obstante, como conveniente, pero “como postura individual, y entonces da... a los creadores... Pero precisamente, porque es una postura individual no se puede imponer... a una colectividad, porque los regímenes [utópicos] resuelven siempre la contradicción entre el modelo y la realidad, a través de la represión”. Consecuentemente, añadía, “estoy —por eso— contra toda ideología o pseudo ciencia para la que la vida carece de espontaneidad, de accidentes. En eso... Marx y Freud eran idénticos. Para ambos... todo respondía a un plan objetivamente determinado. Podía ser la lucha de clases o el

²⁸ César A. García Belsunce: *Una ventana al pasado*, Rosario, Instituto de Historia Política Argentina, 1994.

²⁹ Mario Vargas Llosa, como se sabe, es premio “Cervantes”, de novela, y miembro de número de la Real Academia de la Lengua. Como ha escrito David Gistau, bien que exageradamente, “cuando Vargas Llosa habla, los demás callan”.

complejo edípico. Eso es, la negación de la vida, que es en esencia sorpresa". Dentro de un siglo, sentenció finalmente, "los humanos mirarán, como nosotros miramos la revolución francesa, a nuestra época como fronteriza de la historia, como la inauguración de algo nuevo", pero no determinado por una clase de lucha "pues al destino siempre lo desborda la novedad", lo que ha de estar delante de nosotros.

Y todo esto lo ha dicho ya Vargas Llosa estando de vuelta y, curiosamente, bien lejos de Lima, donde sería, dice él, "un exiliado interior"³⁰. La claridad de quien, como él, ha cubierto el ciclo, con anticipación a los que tanto les costará beber el agua de la rectificación, tiene el valor pleno de la conjunción de tantos personajes como movió en sus grandes novelas. Es decir, un plebiscito.

³⁰ Mario Vargas Llosa: *Palabras mayores*, declaraciones a David Gistau, en la revista "Paisajes" (Madrid), núm. 54 (abril, 1995), pp. 22-26.